

ELOGIO DE LA II REPÚBLICA

Victorino Mayoral Cortés, Presidente de la Fundación Cives

Fue el fruto de una primavera llena de esperanzas populares por conseguir, al fin, cambiar el oscuro y estrecho panorama de una España “zaragatera y triste” que dijera D. Antonio Machado, por otra moderna, clara y democrática. Pero este fruto primaveral fue a la postre abrasado un mes de julio por el tórrido aliento que una vez más exhalaban las oscuras cavernas en las que siempre se alojó la siniestra sombra de la reacción hispánica más agresiva.

Después de tantísimos años de falsificación y artificios políticos del régimen de la Restauración canovista para hurtar al pueblo su capacidad de decisión y mantener el engaño de un constitucionalismo tramposo; después de tantos años de oligarquía y caciquismo que dijera D. Joaquín Costa, que representaron etapas de desgobierno en beneficio de una clase dirigente rapaz e incompetente; después de tantos desastres nacionales, llegó el momento de recorrer el telón de aquella farsa y dejar al descubierto la España real, pero deliberadamente escamoteada a la opinión pública. Una España en la que junto a sus grandes lacras, vicios, malformaciones y dramas humanos y sociales, también latía una fuerza vital y transformadora, la España “de la rabia y la idea”, que también había dicho Antonio Machado, que dio el finiquito a una decrepita monarquía el 14 de abril de 1931 y planteó una profunda reforma del Estado, para modernizarlo y adecuarlo, por primera vez, a las aspiraciones populares.

Así pues, no se trataba sólo de un destronamiento más, de los varios que hubo en nuestra historia. No se trataba sólo de un cambio de régimen o de Constitución, como había ocurrido ya antes otras veces. Ahora se producía el agolpamiento súbito de las aspiraciones populares por conseguir unos cambios necesarios, muchas veces aplazados, ignorados o combatidos. Por primera vez se planteaba en España la existencia de un Estado republicano, plenamente democrático, sin falsificación posible de la voluntad popular, ni compraventa de votos, dispuesto a mirar cara a cara no solamente a sus poderosos adversarios políticos sino, lo que era más importante, dispuesto a abordar con valentía reformas de diverso género para afrontar la solución de graves problemas heredados que hipotecaban la vida de generaciones enteras de españoles, pero que habían sido creados o mantenidos por clases dirigentes y torpes e incompetentes políticos, como demostraron las graves crisis nacionales del desastre del 98 en Cuba y de Marruecos en los años 20, cuando el pueblo fue manejado como un rebaño conducido ciegamente al despeñadero.

La historia, como es sabido, habitualmente la escriben los vencedores. Es decir, durante decenios los ganadores de la guerra civil tuvieron todo el tiempo, los recursos y el espacio nacional a su alcance para escribir una versión, según la cual el único responsable del gran desastre de la guerra, el agresor, el provocador, el agente de lo más inconfesable, era siempre la II República, los políticos que la impulsaron y los partidos y sindicatos que la apoyaron. Por el

contrario , la Dictadura , el Estado totalitario y confesional, el partido único y la religión impuesta, aparecían como una representación del bien y de la felicidad. Aún hoy en día, todavía existe una hornada de tergiversadores de la historia y defensores de las causas más reaccionarias – Pío Moa, Ricardo de la Cierva, César Vidal... y otros- empeñados en novelar una historia de condena a la II República y al reformismo que ella significó.

El tiempo transcurrido desde aquellos hechos nos permite hoy, en todo caso, mirarlos con serenidad. Con la serenidad con la que ya a finales de 1938 los comenzara a contemplar el Presidente Azaña, en su famoso discurso de Barcelona, en el que proclamó y demandó a todos los españoles de ambos bandos la necesidad de construir las bases de reconciliación que habrían de asentarse en la Paz, la piedad, y el Perdón y el abandono de toda tentación de intolerancia o de furor impositivo. Es a partir de estas bases de reconciliación desde las que nos corresponde contemplar hoy a nosotros, que no vivimos aquellos hechos, lo que significó el proyecto político frustrado de la II República. Todo su programa era necesario. Todos sus objetivos eran imperativos derivados de unas reformas que hacía mucho tiempo eran ya consideradas imprescindibles e inaplazables.

La historia ha venido, a la postre, a demostrarnos que mucho de lo que no fue posible en 1931, ha llegado a realizarse, tras cuarenta años perdidos de dictadura oscurantista, en la Constitución democrática de 1978. Prueba evidente de las razones de la II República. La II República es un régimen que es preciso valorar no sólo porque se anticipara a su tiempo; no sólo porque se tratase de responder a demandas que habían sido aplazadas reiteradas veces ya antes de su llegada. La cuestión de fondo de la II República es que las aspiraciones populares de cambio por una España nueva que ella representó, se vieron frustradas por los egoísmos y la irracionalidad de una vieja España que se resistía a desaparecer y cuyo coletazo final acabó con lo nuevo que llegaba.